blo de Belén, llorando y estremeciéndose de frío, como los hijos de los pecadores, los ángeles hinchieron los aires de armonías, los pastores se llenaron de regocijo y los reyes de Oriente emprendieron el camino, guiados por una milagrosa estrella, y todos le adoraron como á Dios, encontrándolo reclinado en un pesebre. Cuando sus padres le ofrecieron á Dios en el templo con ofrenda de pecador, el santo viejo Simeón y Ana, la santa profetisa, publicaron su divinidad con sus cánticos y vaticinios. Cuando se dejó tentar en el desierto y fué conducido por Satanás al pináculo del templo y á la cima de la montaña, bajaron los ángeles del cielo, sirviéndole como á su Dios y Señor. Y finalmente, cuando, cargados sobre sus hombros los pecados de todos los hombres, expiró en una cruz entre dos ladrones, el sol, que perdió su luz, como si ardiera iluminado por los ojos de Jesús; la tierra, que se estremeció como falta de la mano que la sostenía en el vacío; los muertos, que salieron de sus sepulcros, resucitados por el tremendo grito con que Jesús, al expirar, quiso hacer testigos á los muertos y á los vivos del sangriento sacrificio con que nos redimió, y el Centurión, resucitado á la vida de la gracia, que hirió su pecho arrepentido, dieron grandioso testimonio de su divinidad.

Sólo en la Circuncisión lo miran sus padres, al parecer olvidado de sí mismo y de su honra, porque allí no hay ángeles que canten, ni sol obscurecido, ni milagros que le declaren Dios, cuando parece hombre flaco; y yo tengo para mí que Jesús quiso envolver á sí y á sus padres en esta manera de obscuridad, para que la Circuncisión, especie de bautismo entre los hebreos, hasta en El mismo fuera no más que una sombra del bautismo con que á los cristianos se les abren las puertas del reino de los cielos. Porque aquí sí cantan los ángeles, cuando el alma, enemiga de Dios por el pecado original, se hace amiga de Dios por el agua del bautismo; y se alegra la Iglesia y se regocijan los hombres; y las madres, que hasta entonces han estado conteniendo los impulsos de su amor, estampan en nuestra frente el primero y el más dulce de los besos. Ya, pues, ha derramado el Niño divino la sangre de sus venas, y el corazón de José ha sufrido el más amargo de sus dolores; ya ha comenzado nuestra redención, y ahora es cuando José da al Redentor el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador. Este nombre, pues, ante el cual se arrodillan los cielos, la tierra y los infiernos; los cielos, cantándole himnos de alabanza; la tierra, implorando su clemencia, y los infiernos, sintiendo el peso de su justicia, costóle á José la amargura de su corazón. Pero la caridad todo lo soporta: *Charitas omnia sustinet.*

II

¡Jesús!

Y esta es la caridad, que José ha demostrado á los hombres, circuncidando á Jesús con pena suya Mas como el nombre de Jesús es fortaleza para nuestras almas, escudo de nuestros corazones y dulce miel para nuestros labios, José se regocija de todo corazón de que este Sol de verdad comience á lucir para todos los humanos. *Congaudet autem veritati.*

Verdad es lo que es conforme con la voluntad divina, y así, el que tiene caridad, de la misma manera que se siente penetrado de dolor, cuando ve que Dios es ofendido, de la misma manera se llena de júbilo inefable, cuando mira que Dios es honrado. Y es honra, sí, para el Redentor, el que los hombres lo llamen con su propio nombre augusto de Jesús, porque, en realidad de verdad, es Salvador del género humano.

Ciertamente Jesús es Salvador en un acto perfecto,

porque no sólo ha de salvar El mismo á las almas, sino que ha de dar á los Apóstoles y á los sacerdotes gracia para salvar á otros. *Venid*, dice en su sagrado Evangelio á aquellos pescadores que echaban sus redes en el lago Tiberíades; *venid conmigo y os haré pescadores de los hombres* (1). Por eso José, que mira en lejanos horizontes las conquistas que se han de hacer para el cielo, y está cierto de que no han de salir fallidas las promesas que Dios hace á los hombres que pronuncien con fervoroso labio este nombre dulcísimo, se alegra y se regocija con la más pura de las alegrías. *Congaudet autem veritati.* Al dulce sonido de este suavísimo nombre se parará el sol en el firmamento, más obediente que al grito de Josué dejó el sol de marchar en su carrera, para darle victoria sobre los filisteos. Que este nombre encierra la suma omnipotencia; que este dulce nombre condensa en sí más armonías que todas las arrancadas por David de las cuerdas de su arpa, para alegrarse con el Señor y pedirle á Jehovah misericordia; y en este santo nombre están condensados todos los pensamientos del profeta-rey sobre la liberación del linaje humano. Cese ya la música de los salterios, de las citaras y de las flautas, repitiendo los cánticos de los profetas, y salga de las ánimas esta suavísima melodía que adormece los pesares, que resucita las virtudes, que esclarece las inteligencias y espanta los sueños diabólicos, y atrae cerca de nosotros, enajenados de amor, los á ángeles para que nos acompañen y nos defiendan.

José, transportado de alegría, lo repite embelesado una y otra vez, y allí está el amor en sus dos manifestaciones más puras, que es el amor á Dios y el amor de un padre para con su hijo, estrechando entre sus brazos al divino Redentor, y parece que se han reunido en el corazón de José toda la felicidad del cielo y todas las esperanzas de la tierra, ensalzando y engrandeciendo al Salvador. Reclinado está sobre sus brazos con la complacencia con que se asienta en el cielo sobre las alas de los serafines; recreándose en él con alegría de sus ojos, é inundándole de un gozo celestial con aquella mirada con que dió luz y calor al sol, y con él á todas las criaturas del universo mundo. José lo mira, y aunque no despliega los labios, mudos por el amor, está diciendo allá en el fondo de su alma de esta manera: ¡Oh Jesús y dueño mío!, mi alma se regocija en el conocimiento de esas verdades que han de dar á los hombres, que pronuncien tu nombre, la salud. Y como yo esta divina salud ya la siento en mi alma, yo te amo, ¡oh Jesús de mi corazón!, con todos los actos de mi voluntad, con todas las ideas de mi inteligencia y todos los recuerdos de mi memoria. Tú, ¡oh Jesús!, te has hecho hombre para enseñarnos más con el ejemplo que con la palabra, á enderezar nuestros pasos por el camino de tus santos mandamientos, y yo amo este acto generoso de tu libre albedrío, y seguiré constantemente las huellas de tus divinos pasos, poniendo mi boca y mi corazón donde tú fijes la planta. Tú te has revestido de carne para que yo sea rodeado de gloria; pues yo, que contigo he de gozar en el cielo, contigo quiero padecer en la tierra pobreza si tú eres pobre, hambre si tú sientes necesidad, persecución si te persiguen, y destierro si á luengas tierras has de huir de las iras de los hombres. Tú te has dado todo á mí para que yo me entregue á ti todo entero; pues tuyo soy, ¡oh Dios mío!, sin restricción alguna; tuya es esta alma que me diste, esencia de mi personalidad, como es tuyo el aroma de las flores y el centelleo de los astros. Tuyo es este cuerpo con sus sentidos, y á Ti sólo quiero mirar, de Ti sólo hablar, á Ti sólo oir, y solamente gustar tus amarguras y sentir en mis brazos el dulce peso de tu cuerpo recién-nacido, y ojalá llegue á sentir sobre mis hombros la cruz de tus futuras tribulaciones. ¡Oh Jesús, Dios y dueño mío!»

(1) Matth., IV, 19.

yo pondré por obra todas las prescripciones de la antigua ley, y llevaré levantada muy en alto la bandera de los preceptos de tu ley nueva, que es ley de amor, para que en torno tuyo vengan á agruparse de todas partes legiones de almas enamoradas de tu ley. En apareciendo Tú en la tierra, valle de miserias, regada con ríos de lágrimas, luego al punto los ángeles bajan del cielo y suenan dulcísimas armonías, y se anuncia la paz á los hombres de buena voluntad, que es como endulzar el acíbar de sus dolores y padecimientos; pero tú no gozas de esas alegrías, porque para traerlas al mundo, desde ahora comienzas á derramar tu sangre y á sentir sobre tu corazón la mano del sufrimiento. Pues yo, ¡oh mi buen Jesús!, quiero contigo la paz del mundo, y uno mi voluntad á la tuya con el deseo de ayudarte á llevar la carga que por amor de la humanidad echas sobre tus hombros. *Congaudet autem veritatiti.*

Pluguiera á Dios, ¡oh cristianos!, que todos y cada uno de nosotros, sintiendo el alma abrasada en el fuego del amor de Dios, pudiéramos expresarnos con verdad de esta manera, porque así es como Jesús merece ser amado. Y así es como el alma cristiana debe alegrarse con Jesús, alabando sus glorias y deseando cargar con la cruz de sus padecimientos, aquella cruz por la cual el Hijo divino de María es Salvador del mundo, que es lo que el augusto nombre de Jesús en realidad significa. De esta manera Jesús es el *camino, la verdad y la vida* (1); camino de mortificación que ha de tener por límite una vida de gloria, poseyendo la verdad, que es la inefable eternidad de los bienaventurados. Y así es como José, deseando seguir los caminos de Jesús, se alegra y se regocija con la verdad. *Congaudet veritati.*

¡Ah cristianos!, ya que por nuestra debilidad y miseria estamos tan apegados á las cosas de esta vida,

(1) Joan., XIV, 6.

que apenas si se advierte la llama de nuestro amor á Jesús entre el humo y la niebla de nuestras pasiones, aprendamos de José y sea su amor á Dios como el ideal de nuestras continuas aspiraciones, aunque jamás podamos subir tan alto. No sé cómo tienen los deleites de la tierra, caducos y miserables, más fuerza para llevarnos tras sí, que los beneficios recibidos de la mano de Jesús para que le amemos. De los placeres nos vienen todas las desventuras y de Jesús todas las dichas: ¿cómo seguimos el placer y abandonamos á Dios? ¿Cómo nos alegra la mentira de las delicias que nunca se alcanzan, y creemos que no nos ha de alegrar la posesión de la verdad, que es Jesús? *Si amas tierra,* dice San Agustín, *serás tierra; si amas cielo, serás cielo; si amas Dios, serás Dios.* Y así es de verdad; que nuestro corazón recibe la forma del objeto amado, y es abominable si ama los vicios, heroico si ama las virtudes, y poderoso si ama á Dios. Que Dios, como dice San Agustín (1), se hizo hombre para que el hombre se hiciese Dios, *Deus factus est homo ut homo fieret Deus.* Esto es: *Dios se hizo niño pequeño, para que tú, ¡oh hombre!, te hicieses varón perfecto; El fué envuelto en pobres pañales, para que tú fueses desligado de los vínculos de la muerte; El fué puesto en un establo, para que tú fueses elevado á los altares; El bajó á la tierra, para que tú subieses al cielo,* y El, en fin, se sujetó á los preceptos de su ley antigua, que con su venida caducaron, para que tú te sujetes á los mandamientos de su nueva ley, y te alegres y regocijes amando á Jesús y poseyendo la verdad, que es su amor. *Congaudet veritati.*

¡Oh hermosa caridad, tú posees la resignación que todo lo sufre, y solamente se alegran tus ojos con la posesión de la verdad, que son todas las cosas que están conformes con la voluntad divina! ¿Qué sacrificios no llevarás á cabo en beneficio de los humanos? ¿Por qué

(1) Serm. 13 de Tempore.

senda de espinas no caminarás tú con los pies desnudos, por abrazarte con la verdad? Pero, una vez presa la verdad en tus brazos, ¿quién te la arrebatará?

¡Oh heroico y pacientísimo José!; postrados á tus pies estamos los esclavos de tu amor; hoy, más que nunca, reconocemos que ha sido grande tu caridad para con todos nosotros, porque, para alcanzarnos el bien, has sufrido el más amargo de los dolores, derramando con tus manos la sangre inocente de Jesús. ¿Quién no confiará en ti, pues te vuelves contra ti y sacrificas por nosotros tu propio corazón? ¿Quién no esperará de ti, si de tus labios recibió el Hijo de Dios el dulce nombre de Jesús, que quiere decir Salvador? Y si por nosotros padeces, y te alegras y regocijas por nosotros, ¿quién no te amará y vendrá á llorar á tus pies, arrepentido, aquellos viejos pecados que tanto ofendieron á tu Jesús y lastimaron tu ánimo? Tú eres el cedro plantado junto al manantial de la vida; tú estás lleno de todas las flores de las virtudes; tú extiendes tus ramas y convidas con tu sombra á los errantes peregrinos; bajo tu amparo se respira el aire embalsamado de la virtud y se regalan los oídos con la suave música de tus palabras, que repiten sin cesar el sagrado nombre de Jesús. Junto á ti se siente el dulce revolotear de las alas de los ángeles, que vienen á adorar el divino Infante que llevas en tus brazos, pidiéndote la venia, y á saludar respetuosamente á tu divina Esposa y augusta Emperatriz. Junto á ti, pues, queremos vivir esta vida llena de dolores y alegrías, y junto á ti exhalar el último suspiro, para que las últimas palabras que pronunciemos en la tierra y los primeros gritos de amor que arranquemos á nuestras almas en el cielo sean los dulces nombres de Jesús, María y José.

Así sea.

CUARTO DOLOR Y GOZO

DEL PATRIARCA SAN JOSÉ

Profecía de Simeón.

> Et tuam ipsius animam pertransibit gladius... Ecce positus est in resurrectionem multorum in Israel.
>
> Y una espada de dolor traspasará tu alma... He aquí que éste ha sido puesto para levantamiento de muchos en Israel.
>
> (S. Luc., II, 34 y 36.)

El egoísmo de la vieja sociedad ha llegado á su apogeo, cuando han cundido por el mundo las doctrinas de Voltaire y de Proudhon. Ya no está el templo de Dios seguro. La grandiosa basílica de soberbio pórtico y elevada cúpula, en cuyas naves se ostentan las obras más sublimes de los genios del arte; el altar, donde todos los días torna á verificarse el sacrificio incruento del Dios de las misericordias; la casa milagrosa del Señor, adonde vienen á curarse repentinamente los enfermos del alma, vendrá con estrépito á tierra el día en que los hombres quieran hacer de ella una plaza, lugar escandaloso de públicas orgías y estruendosas bacanales. Ya no están